

franz
kafka

informe
para
una
academia

maldoror



Franz Kafka

**Informe para una Academia
y otros textos**

Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Maldoror ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Ein Bericht für eine Akademie und andere Texte

© Primera edición: 2011

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-74-6

MALDOROR ediciones, 2011
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

Informe para una Academia

Informe para una Academia

¡Honorables señores de la Academia!

Representa para mí un gran honor aceptar su invitación y, consiguientemente, presentarles mi informe a la Academia sobre mi anterior vida simiesca.

No obstante, por desgracia, no puedo corresponder a sus requerimientos en tal sentido. Ya han transcurrido casi cinco años desde que me escindí de aquella condición de primate, un periodo de tiempo que, si nos atenemos al calendario, quizá pueda resultar breve, pero que fue infinitamente largo de recorrer, sobre todo si consideramos el modo en que yo lo hice, acompañado a cada palmo por hombres eximios, consejos, ovaciones, música orquestal, aunque en el fondo siempre estuviera solo, pues ese guirigay y acompañamiento -para decirlo en lenguaje figurado-, se mantenía tras la barrera. Esa inmensa actividad hubiera sido imposible si yo, por obstinación o ceguera, mantuviese el deseo de seguir aferrado a mis orígenes y recuerdos juveniles. Renunciar a cualquier obstinación constituyó el mandamiento ineluctable y supremo que yo mismo me impuse: yo, un mono libre, me sometí a ese yugo. Por esta misma razón, sin embargo, los recuerdos se desvanecen

cada vez más. Si en un principio, en el caso de que los hombres así lo hubiesen deseado, aún se hubiera mantenido abierto el camino de regreso a través de esa gran puerta que el cielo y la tierra conforman, mi desarrollo progresivo y violento hubiera devenido más limitado y asfixiante; me sentía mucho mejor y más adaptado en el mundo humano, la tormenta que me seguía desde mi pasado, poco a poco se fue mitigando; ahora sólo es una corriente de aire que me enfría los talones, y el agujero en la lejanía por el que sopla ese aire, y que yo también atravesé, se ha vuelto tan pequeño que, si mis fuerzas y voluntad bastaran para intentar el regreso, tendría que desollarme la piel para poder pasar. Dicho con toda sinceridad, por más que me guste emplear imágenes para estas cosas, dicho con absoluta franqueza: ¡Su condición simiesca, señores, en el caso de que tengan algo similar a sus espaldas, no les puede ser más extraña que a mí la mía! Pero a todo el que anda por la tierra, le cosquillea el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

No obstante, aunque de un modo limitado, creo que podré responder a su pregunta, y lo haré con sumo placer. Lo primero que aprendí fue a dar la mano. Dar la mano es una manifestación de franqueza. Por eso deseo que hoy, cuando me encuentro en el cenit de mi carrera, aquel franco apretón de manos se refleje en la sinceridad de mis palabras. No creo que pueda aportar nada nuevo a la Academia y temo que me quedaré corto respecto a sus expectativas y en relación a

lo que, con la mejor voluntad, no puedo revelar; de todos modos mostraré las líneas directrices gracias a las cuales un primate ha logrado acceder al mundo humano y permanecer en él sólidamente. Pero no podría decir lo que a continuación expondré si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de Variedades del mundo civilizado no hubiese llegado a consolidarse hasta ser inquebrantable.

Nací en Costa de Oro. Para los detalles de mi captura dependo de informes ajenos. Una expedición de caza organizada por la empresa Hagenbeck -con cuyo patrón, por lo demás, he vaciado desde entonces más de una botella de buen vino tinto-, permanecía al acecho oculta tras los matorrales junto a la orilla de un río, cuando yo, entrada la noche, me acerqué a beber en medio de mi grupo. Se oyeron disparos. Sólo a mí me acertaron: recibí dos tiros. Uno en la mejilla, que no resultó grave y me dejó una gran cicatriz roja sin pelo, lo cual llevó a que me pusieran el repugnante e inexacto apelativo de Pedro el Rojo, inventiva digna de un mono, como si sólo me diferenciara de Pedro -el primate amaestrado, muerto no hace mucho tiempo-, por la mancha roja en la mejilla. Esto sea dicho de paso.

El segundo disparo me acertó debajo de la cade-
ra. Resultó ser más grave, y de ahí que aún cojee un poco. Últimamente he leído en un artículo, escrito por alguno de los diez mil galgos que saltan sobre mí desde los periódicos, que mi natu-

raleza simiesca no ha sido completamente domada: prueba de ello sería que cuando recibo visitas me gusta bajarme los pantalones para mostrar la cicatriz que me quedó tras aquel tiro. A ese tipo se le deberían amputar todos los dedos de la mano con la que escribe. Yo puedo bajarme los pantalones ante quien me dé la gana; no se encontrará otra cosa que la piel bien cuidada y la cicatriz -elijamos aquí un adjetivo determinado para un fin determinado, pero que no se debe interpretar mal-, la cicatriz, digo, de un tiro ultrajante. No hay nada que ocultar: todo está a la vista. Cuando se trata de la verdad, hasta el más pintado arroja por la borda sus modales más finos. Si, por el contrario, ese periodista se bajase los pantalones cuando tiene visita, la cosa tendría una apariencia muy distinta, y, por ende, quiero destacar como gesto razonable que no lo haga. ¡Pero entonces que me deje en paz con su delicadeza!

Después de recibir aquellos tiros -y aquí comienzan mis propios recuerdos-, desperté encerrado en una jaula situada en el entrepuente de un vapor de la Hagenbeck. La jaula no estaba enrejada por los cuatro lados, sino por tres, adosados a la caja; la caja, por consiguiente, formaba el cuarto lado. Era demasiado baja para que pudiese alzarme y demasiado estrecha como para poder sentarse. Así, pues, me mantenía acuclillado, con las rodillas sacudidas por continuos temblores, y, muy probablemente, no quería ver a nadie y sólo quería permanecer a oscuras, vuelto hacia la caja, en tanto los barrotes de la

jaula se clavaban en mi espalda. Se considera conveniente encerrar a los animales salvajes de esa forma, por lo menos al principio, y yo no puedo negar hoy, apoyándome en mi experiencia, que, en un sentido humano, eso es algo que resulta acertado.

Pero en aquellos momentos no pensé en tal cosa. Por primera vez en mi vida carecía de una salida: al menos de frente no podía ser; frente a mí estaba la caja, hecha de tablas fuertemente membradas. No obstante, descubrí una pequeña ranura entre las tablas, y me regocijé por ello con los benditos aullidos de la irracionalidad, pero ese agujero ni siquiera bastaba para meter el rabo y era hartamente imposible de agrandar ni aun recurriendo a toda mi fuerza simiesca.

Según me dijeron más tarde, apenas causé alboroto, lo que era poco habitual, y, por tanto, dedujeron que moriría pronto o que, si lograba sobrevivir al periodo crítico, tendría muy buenas aptitudes para ser amaestrado. Sobreviví. Sollozos ahogados, la dolorosa búsqueda de pulgas, lameteo desganado de un coco, golpes de cabeza contra la caja, enseñar la lengua cuando alguien se acercaba: éstas fueron mis principales ocupaciones en mi nueva vida. Pero hiciera lo que hiciese, siempre la misma convicción: no hay salida. Naturalmente ahora sólo puedo expresar aquellos sentimientos simiescos con palabras humanas y así lo hago constar, pero, aunque ya no pueda alcanzar la antigua verdad simiesca, al menos mi relato apunta hacia esa dirección, de eso no hay duda.

Hasta entonces había tenido muchas salidas, pero ahora ninguna. Estaba encerrado. Si me hubieran apuntalado, mi libertad no hubiera podido ser menor. ¿Por qué? Si te pica entre los dedos del pie, no sabrás el motivo. Si te presiona tanto el barrote en la espalda que casi te parte por la mitad, no sabrás el motivo. No tenía ninguna salida, así que me vería obligado a buscar una, ya que sin ella no podía vivir. Sin lugar a dudas, mirar siempre las mismas tablas de la caja acabaría por reventarme. Pero los monos de Hagenbeck están destinados a mirar la caja, bueno, entonces dejaría de ser un mono. Un pensamiento bello y luminoso, que de alguna forma tuve que alumbrar en el estómago, pues los monos sólo piensan con el estómago.

Temo que no se entienda correctamente lo que quiero decir con la palabra "salida". Empleo la palabra en su sentido más frecuente y normal. Intencionadamente, no empleo el término "libertad". No hago referencias a ese gran sentimiento de libertad hacia todas las direcciones. Como primate lo he experimentado y he conocido seres humanos que lo anhelaban. Pero en lo que a mí respecta, no he reclamado libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: con la libertad se engañan los hombres entre sí con demasiada frecuencia. Y así como la libertad pertenece a los sentimientos más elevados, el fraude correspondiente equivale al mismo nivel. A menudo, cuando trabajaba en las Variedades, he visto, antes de salir a escena, cómo una pareja artística, allá en lo alto, hacía ejercicios sobre

el trapecio. Se balanceaban, giraban, saltaban, quedaban suspendidos en el aire cogidos de los brazos, uno de ellos sujetaba con la boca al otro por el cabello. “Eso también es libertad humana” -pensé-, “movimiento soberano”. ¡Ay, escarnio de la sagrada naturaleza! Nada quedaría en pie por mor de las risas de toda la especie simiesca ante semejante visión.

No, no era libertad lo que quería. Sólo una salida, hacia la derecha, o, a la izquierda, hacia donde fuera: no pedía nada más. Si la salida sólo fuera un engaño, bueno, mi petición era pequeña, así que el engaño no podría ser más grande. ¡Salir adelante! ¡Salir adelante! Pero no permanecer allí quieto con los brazos alzados, comprimido en una caja.

Hoy lo veo claro: sin haber mantenido una gran tranquilidad interior, no hubiera podido salir. Y, ciertamente, todo lo que soy se lo debo a la serenidad que me invadió en el barco, transcurridos los primeros días. Pero esa calma, a su vez, también se la debía a la tripulación del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Aún hoy me gusta evocar el ruido de sus pasos recios que, en aquel entonces, resonaban en mi estado de duermevela. Tenían la costumbre de emprender cualquier actividad con pasmosa lentitud. Si uno quería frotarse los ojos, levantaba la mano como si con ella sujetara un peso. Sus bromas eran groseras pero afectuosas. Sus risas siempre se mezclaban con una tos que sonaba peligrosa pero que carecía de importancia. Siempre tenían algo en la boca para escupir y les era completa-

mente indiferente hacia dónde escupían. Siempre se estaban quejando de que mis pulgas saltaban sobre ellos, pero no por eso se enfadaban conmigo; sabían que en mi piel había pulgas y que éstas saltaban, con eso quedaban satisfechos. Cuando no estaban de servicio, algunos se sentaban a veces a mi alrededor, entonces apenas hablaban, sólo farfullaban entre ellos; fumaban en pipa tumbados sobre cajas; en cuanto yo hacía el más mínimo movimiento, se golpeaban la rodilla y, de vez en cuando, uno cogía un bastón y se ponía a rascarme en aquellas partes donde me gustaba. Si hoy me invitaran a hacer una travesía en ese barco, rechazaría con toda seguridad la invitación, pero con la misma seguridad afirmo que no sólo tengo malos recuerdos del tiempo que pasé en el entrepuente.

La serenidad que logré en la compañía de aquella gente es la que me impidió realizar un intento de fuga. Visto desde la perspectiva actual, me parece como si hubiera presentido que era necesario encontrar una salida si quería seguir viviendo, pero que dicha salida no sería factible por el hecho de huir. No sé si realmente era posible huir, yo creo que sí, a un mono siempre le debería ser posible huir. Con los dientes que me quedan ahora, tengo que tener mucho cuidado al partir unas simples nueces, pero en aquel tiempo me hubiera sido posible romper el candado de la jaula con la dentadura. No lo hice. ¿Qué habría ganado con ello? Me habrían capturado de nuevo nada más sacar la cabeza y me hubiesen encerrado en una jaula mucho peor; o

tal vez se me diera por huir en dirección hacia otros animales, por ejemplo hacia una serpiente gigante, que me hubiera asfixiado con su abrazo mortal; o quizá me hubiera sido posible llegar hasta la cubierta para saltar por la borda, entonces quizá me sintiera mecido un rato por el océano y finalmente me habría ahogado. Actos desesperados. Yo no razonaba como los humanos, pero, gracias a la influencia del ambiente, me comporté como si pudiera razonar así.

No razonaba, pero lo observaba todo con gran sosiego. Veía a los hombres ir y venir, siempre los mismos rostros, los mismos movimientos, con frecuencia me parecía como si todos fuesen el mismo hombre. Este hombre o esos hombres andaban sin preocupaciones. Mi mente vislumbró un gran objetivo. Nadie me prometió que si me convertía en lo que ellos eran quitarían los barrotes. Nadie hace promesas cuyo cumplimiento resulta imposible. Pero si se cumplen, aparecerán las promesas con posterioridad y, además, precisamente allí donde antes se habían buscado en vano. Pero en aquellos hombres no había nada que me sedujera. Si hubiese sido un amante de esa libertad anteriormente mencionada, sin duda hubiera preferido el océano a la salida que asomaba en la mirada turbia de aquellos hombres. No obstante, los había estado observando mucho antes de que comenzara a pensar en estas cosas, sí, la acumulación de observaciones fue la que me impulsó en una dirección determinada.